

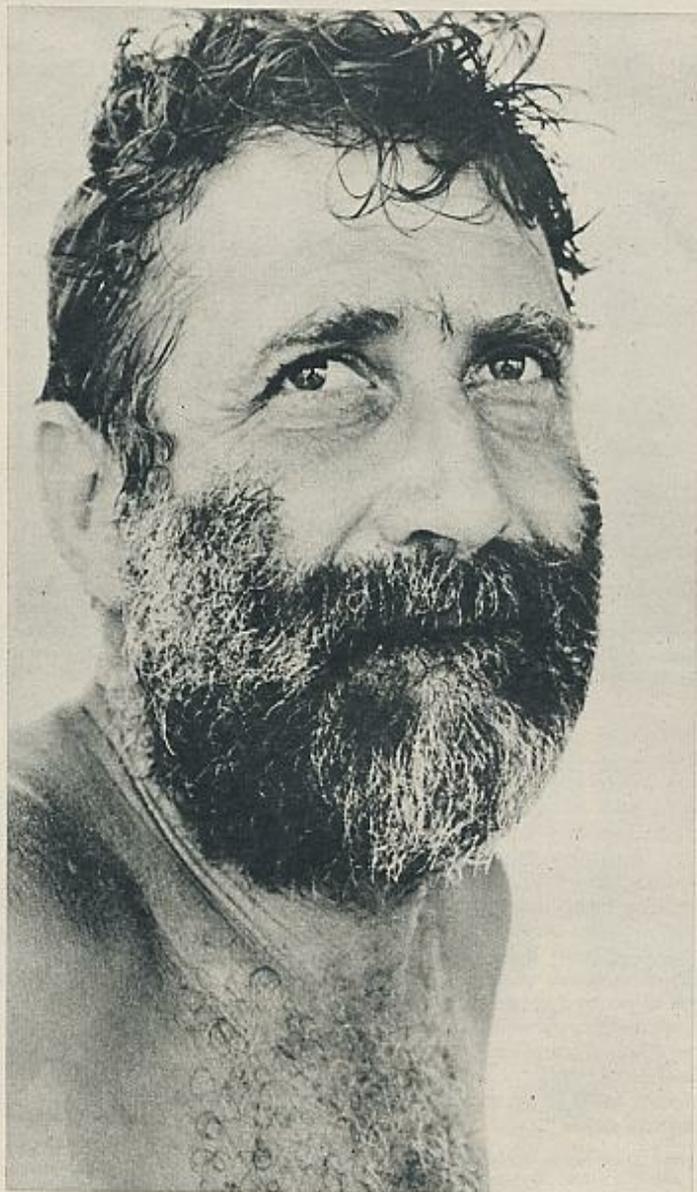
W ACE cuarenta y siete años nació en Orense Santiago Genovés. Ahora ha vuelto a España como mexicano, con unos cuantos rollos de película bajo el brazo, un cimentado prestigio como antropólogo, pacifista y navegante casi solitario: el doctor Genovés participó en las expediciones científicas «Ra 1» y «Ra 2», dirigidas por el hombre de la «Kon-Tiki», Thor Heyerdahl. Genovés es una especie de Richard Conte encanecido. Habla con la mesura del que sabe convenir y con la modestia de un catedrático de película norteamericana. Hasta ahora era conocido en los círculos españoles iniciados y entre un cierto público gracias a la publicación por Labor de su obra «El hombre, entre la guerra y la paz», premio Memorial Juan XXIII 1969, otorgado por Pax Christi.

Genovés ha venido con unos rollos de película bajo el brazo, y como los trovadores-juglares medievales ha ido de ciudad en ciudad enseñando a quien quisiera verla su película «Pax», basada en la obra escrita anteriormente citada. La película le fue encargada por el Gobierno mexicano de Díaz Ordaz como uno de los prólogos culturales de los Juegos Olímpicos. Pero cuando la película estuvo en condiciones de proyectarse, los Juegos habían pasado a la Historia y Díaz Ordaz también. Ahora la película es como una hija única que el padre profesor pasea por todo el mundo para airearla. Pero eso es la simple apariencia inmediata de la extraña relación aduanera establecida entre Genovés y su «Pax». En el fondo está la desesperada peregrinación de un hombre para «utilizar», hacer útil un comunicado que le costó tiempos de síntesis, esfuerzos y dedicación.

La película se ha proyectado en círculos restringidos y ha tenido una buenisima acogida. Es cine didáctico sobre el tema de la guerra y la paz. No hay que decir que la película como tal es óptima, porque el propio Genovés admite haber aprendido a hacer cine mientras la hacía. No hay que decir que la película es ideológicamente nítida, porque el propio Genovés admite haber reducido sus propósitos a la desmitificación del fatalismo biológico de la guerra como algo ligado a la propia condición humana.

Y, sin embargo, la película sería severamente recomendable para mayores, menores, neonatos y póstumos. Porque como definitivo valor positivo, la didáctica de Genovés permite que cualquier cerebro, sea cual sea su capacidad de aprehensión cultural, salga de la proyección convencido de que la guerra es una invención humana, como la moral o el tranvía. Del convencimiento de su antinaturalidad algún día puede surgir la necesidad-satisfacción de la paz. También una invención humana.

INVENTAR LA GUERRA INVENTAR LA PAZ



Santiago Genovés, orensano de cuarenta y siete años y mexicano de nacionalidad, antropólogo pacifista, miembro de las expediciones científicas «RA-1» y «RA-2» dirigidas por Thor Heyerdahl, el hombre de la «Kon-Tiki».

La heterodoxia expositiva

Genovés, en las palabras de «avant-match», se curaba en salud sobre la utilización de procedimientos de divulgación de cultura de masas: cine, dibujo animado, «slogans», todos estos procedimientos supeditados a convertir en comunicado de masas una desmitificación antropológica de la guerra. El alegato de Genovés no es meramente sentimental (aunque lo es) ni moral (aunque también lo es), por encima y por debajo del sentimiento y la ética, Genovés se esfuerza en demostrar la irracionalidad de la guerra.

Comienza el film con una desmitificación del músculo, muy conveniente en el contexto de los Juegos Olímpicos en el que iba a proyectarse la película. El antropólogo sustenta la tesis de que el progreso del hombre se ha basado en la labor de los más débiles para suplir su falta de músculo con la inteligencia y la mecánica. Las víctimas son las que aprenden a destruir verdugos. Los esclavos son los que aprenden a destruir déspotas. Los ancianos prehistóricos inventaron la escalera para llegar a la fruta de los árboles ante el pasmo de los atletas coetáneos, que dando saltos apenas si se hacían con una banana.

La ironía inicial de Genovés pasa inmediatamente al tema de la agresividad humana: la guerra, la lucha de sexos, la violencia en la civilización industrial, la insolidaridad, la angustia, la soledad. Dos relatos circulan paralelos: el que tiene por protagonista la familia de un trabajador y el que tiene por protagonistas a una pareja de universitarios enamorados. Como correlato, entrevistas en directo a gentes de la calle, que expresan la sabiduría convencional sobre el tema del heroísmo, el patriotismo, la muerte del otro. También como correlato la aparición de los mitos políticos de la violencia (desde Theodore Roosevelt hasta Hitler), con frases hirientes para la conciencia de un espectador actual si va desarmado:

«La guerra es lo más natural, el asunto más cotidiano. La guerra es eterna, es animal. No hay comienzo y no hay paz. Cualquier lucha es guerra» (Hitler).

«Ningún triunfo de la paz es tan grande como el triunfo supremo de la guerra» (Theodore Roosevelt).

«El crecimiento de una gran empresa no es otra cosa que supervivencia del más apto. Es verdaderamente la aplicación de una ley de la Naturaleza y de una ley de Dios» (John D. Rockefeller).

La frase del fundador de la dinastía Rockefeller parece arrancada de aquel divertidísimo y patético libro de Dunham «El hombre contra los mitos». En él, Barrows Dunham ci-



«Ningún triunfo de la paz es tan grande como el triunfo supremo de la guerra», dijo Theodore Roosevelt.

taba a un senador americano convencido de que: «La ley de la oferta y la demanda le fue inspirada a Adam Smith por Dios».

Pues bien, con esos relatos a distintos niveles, Genovés va conduciendo al público hacia la evidencia de que la guerra ha sido un hecho cultural, y que igual que ha sido inventada puede ser sustituida por la paz. Insisto en que si algo debe tranquilizar a Genovés con respecto a su película es su positividad (aunque la película no tome partido ni por Mao ni por Lanza del Vasto) y su extraordinario valor como experimento formal, como ejercicio didáctico que utiliza las posibilidades de concienciación sub-culturales.

Pete Seeger y Dalton Trumbo

En la película aparece Pete Seeger en carne y hueso y canta algunas canciones. Una de ellas debe su letra al propio Seeger, al propio Genovés y a Wolf Rilla. Dice así:

Temprano, por la mañana,
cuando el Sol iba apuntando,
Adán se puso a inventar
con notables resultados.

Ya avanzada la mañana,
cuando el Sol iba subiendo,
Adán descubrió la forma
de manipular el fuego.

Después Adán inventa lanzas, pistolas, el lenguaje, los alfabetos, las hablas...

... mas para comunicarte
eras sordo como una tapia.
Adán conquista los desiertos, el
mar, las playas, el polo, las bestias...
... salvo a ti mismo...

El juglar termina recomendando
a Adán:

Culda esta tierra, no hay otra,
sólo hay un gran globo rojo

con un solo océano de agua
y un océano de aire solo.

¿De esta ronda de la muerte
al fin te liberarás?
Hijos de Adán inventor,
¿iréis a inventar la paz?

No creo que este poema pase a la historia literaria ni de México ni de los Estados Unidos, pero es una excelente muestra de poema popular. Genovés me subraya que tanto Seeger como Trumbo colaboraron con él desinteresadamente.

—Dalton Trumbo estaba trabajando en Budapest y allí le llamé para que me asesorara en lo del guión. Me dijo que por qué no me iba yo a Budapest y le echaría un vistazo. Pues allí me voy, y estuvimos una semana trabajando sobre él. Después no me quiso cobrar un centavo.

Genovés está un poco cansado de su película. El Gobierno mexicano la ha producido, él la ha hecho, pero, ¿quién la distribuye? La película topa con el miedo del distribuidor ante todo lo que huele a «didacticismo», aunque en el caso de «Pax», intuitivamente Genovés haya acertado en los niveles expresivos de lo «popular», desde la utilización del melodrama hasta el efectismo eticista. Otra posible rémora es el pacifismo descarado que la película fomenta. ¿Qué van a opinar los señores de la guerra ante la solución plástica que el antropólogo da al conflicto? La solución plástica es que la invención de la paz se reduce, nada más y nada menos, a que los soldados de uno y otro bando en lugar de avanzar retrocedan.

La honestidad, ¿mueve montañas?

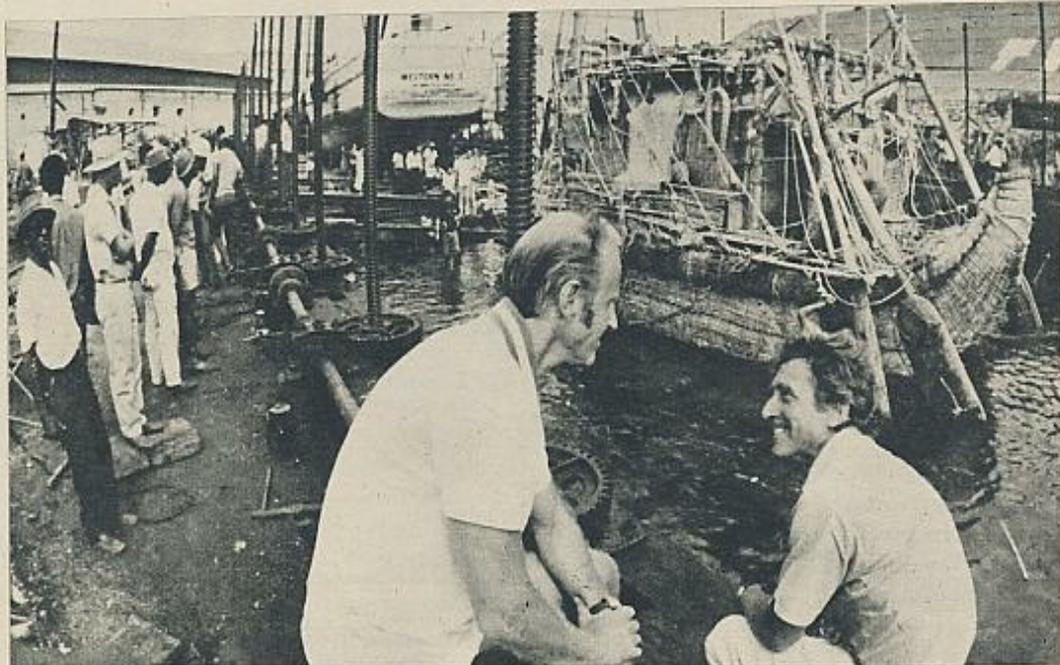
Genovés es uno de esos cerebros españoles fugitivos o emigrados cuya fecha de emigración coincide con el año 1939. En este año fue en el que recibimos menos turistas, pero en el que emigraron más cerebros. Entonces el de Genovés era un jovencísimo cerebro orensano, trasplantado a Valencia por las necesidades de sus padres, y en especial de la madre de Genovés: pedagoga de vanguardia en aquellos años tan duros para la pedagogía y las vanguardias.

Genovés se ha convertido en un antropólogo conocido, en un nombre de leyenda escrito junto a la aventura del «Ra 2», y ahora en un propagandista de la paz. Llegó a España invitado por Pax Christi, se trajo su película y dice que quien quiera distribuirla no tiene más que pedir permiso al Gobierno mexicano y ya está. No sabemos si la honestidad de Genovés moverá las montañas.

De momento, ya es patético que el mismo Gobierno que le encargara una película con tan buenas intenciones masacrara a decenas de estudiantes en la víspera de los Juegos Olímpicos. El poder represivo ha inventado el public relations pacifista, pero no precisamente la paz.

De eso no tiene la menor culpa Genovés. Me limito a proponerle esta ultimísima moraleja como suma y sigue a la honestísima y patente moralidad de su intención y su obra.

■ LUIS DAVILA.



Genovés ha venido con los rollos de «Pax» bajo el brazo, el film basado en su obra «El hombre, entre la guerra y la paz», premio Pax Christi 1969.